

LA CREATIVIDAD PARTICIPADA

Charles Hartshorne.

Los filósofos han tomado varias ideas como fundamentales. Sustancia, materia, forma, ser, son ejemplos de ello. Antes del siglo XX, escasamente algún filósofo vio en la idea de creatividad un principio fundamental, una categoría aplicable a toda la realidad. En verdad, los teólogos habían hablado mucho acerca de la creación divina del mundo, y también acerca de la creación artística del hombre, pero generalmente admitieron (la existencia de) creaturas subhumanas no creativas: también por la mayor parte de ellos, la creación divina era considerada completamente diferente de las nuestras, puesto que era creación hecha de la nada, y las nuestras, hechas de algo dado. Finalmente, si la creatividad es un primer principio, no solamente todas las cosas deben ser capaces de crear, sino que todas las cosas deben crear actualmente; no obstante, para la mayoría de los teólogos, Dios tuvo que optar entre la creación y la no-creación. Supongamos que no hubiera creado: entonces la creatividad no hubiera tenido ilustración alguna; no hubiera sido tal cosa. Esto demuestra que la creatividad no era, en tales doctrinas, tratada como un principio último. Al menos su posibilidad era tratada así. Sin embargo es argumentable que la posibilidad presupone la creatividad.

En nuestro siglo ha habido filósofos que han tomado la creatividad como ultimidad, por ejemplo, Peirce, Varisco y Whitehead. (Bergson y Berdyaev por lo menos insinuaron su posición). Piensan que hay un sentido en el cual cada individuo crea y que no puede dejar de hacerlo de ninguna manera, mientras exista.

Ser es crear. De acuerdo con este punto de vista, cuando alabamos a ciertos individuos como "creadores", podemos sólo propiamente significar que lo que ellos crean es importante o extenso, mientras que lo que los demás crean es trivial e insignificante. Pero lo que éstos crean no puede ser cero, mientras los individuos existan.

¿Cuál es la razón para que alguien piense así? Antes de tratar de contestar esta cuestión, debemos formular otra pregunta ¿qué es crear? Consultemos la experiencia.

En cada momento cada uno de nosotros realiza un extraordinario acto creativo. ¿Qué creamos? Nuestra propia experiencia en ese momento. Pero Ud. puede decir que esta experiencia es de nuestra propia hechura debido a que ella es producida en nosotros por varias causas. Pero notemos que son muchas causas, no una sola. Esto es suficiente para demostrar que las solas causas no pueden contar para el resultado. Porque la experiencia es una, no múltiple. Yo reto a cualquiera, a concebir una ley causal precisa en la cual pudiera formularse por adelantado exactamente de qué manera los muchos factores van a fundirse juntos en una nueva y simple identidad, en una experiencia. No hay texto de psicología que seriamente intente tal cosa, o que sensatamente pudiera intentarlo. Por ninguna lógica pueden muchas entidades, a través de la ley, definir exhaustivamente una entidad simple que es el resultado de todas ellas.

Cada uno de nosotros experimenta, en un momento dado, muchas cosas de una vez, objetos percibidos, experiencias pasadas recordadas. Que uno perciba ciertos objetos y que recuerde ciertas experiencias lo podemos explicar más o menos:

los objetos están ahí, las experiencias son recientes y conectadas por asociaciones con los objetos, y así sucesivamente. Pero una experiencia no queda completamente descrita en su total cualidad unitaria, simplemente con especificar lo que se percibe y recuerda. Existe la pregunta del cómo, con qué justo acento, en qué justa perspectiva de relativa animosidad y colorido emocional, la percepción y el recuerdo son elaborados. Y no importa cómo deduzcamos de las causas los requisitos para esos aspectos, pues aun así hemos omitido la *unidad* de todos los factores y aspectos. Hay conjunción de todos ellos en una unidad de sensación, la cual da a cada percepción y a cada recuerdo su lugar y valor únicos en esta experiencia, tal como no los podría tener en ninguna otra. La explicación causal es irremediabilmente pluralista: sobre la base de muchos acontecimientos pasados ha de explicar un acontecimiento o experiencia único y presente. Es, entonces, simple lógica pensar que algo ha sido omitido en la explicación causal. No por nuestra ignorancia de causas: caso de conocerlas todas, la multiplicidad de los factores causales sería todavía más obvia, y así sería el salto de la pluralidad a la nueva unidad. De a, b, c, d, . . . uno infiere la experiencia de a, b, c, d, . . . , y no solamente UNA experiencia de ellos, sino precisamente ESTA experiencia de ellos. No puede haber lógica para semejante derivación. El paso no es lógico, sino una creación libre. Cada experiencia es así un acto libre, en su unidad final una actualidad auto-creada, enriqueciendo la suma de actualidades con un nuevo miembro.

En esto consiste el significado último de creación —en la libertad o auto-determinación de cualquier experiencia como una nueva, surgiendo de antecedentes múltiples, en términos que no pueden ser descritos completamente por ninguna relación causal. Son Bergson y Peirce, pienso, quienes nos clarificaron este asunto. Whitehead, sin embargo, lo hizo aún más evidente.

Una vez visto que cada experiencia es una entidad unitaria nueva, los argumentos deterministas pierden su vigencia, por ejemplo, el argumento de que la acción debe ser determinada por el móvil más fuerte. Un motivo recibido del pasado no puede ser más que uno de los factores registrados en la experiencia; no puede dictar la unidad de sí mismo con otros factores. Además, si motivo significa un propósito o plan de acción, una meta puesta de antemano, ha de ser algo relativamente vago, un esquema, una descripción, no de la nueva experiencia en su total cualidad unitaria, sino de algún aspecto importante de la experiencia. La sensación única, total, de la experiencia todavía ha de ser decidida. Y si el motivo no es recibido del pasado, tiene que ser una creación del presente.

Por supuesto, se podría argumentar que aunque la experiencia no es enteramente derivable causalmente, el comportamiento físico sí lo es. En tal caso se estaría en peligro de sostener un grado más alto de predicción que el que la mayoría de los físicos piensan que es alcanzable aun en los sistemas inorgánicos. Además, se podría afirmar que la experiencia no tiene influencia sobre el comportamiento; pero si la experiencia sí influye en el comportamiento y no es por entero causalmente determinada, entonces una de las condiciones del comportamiento escapa de la derivabilidad causal completa y así (constituye) el comportamiento mismo.

El único argumento determinista respetable es metodológico, el argumento de que, debido a que la ciencia es la búsqueda de explicaciones causales, no debería establecer límites por anticipado en el éxito de esta búsqueda. Pero la regulación metodológica no es ipso facto convertible en una verdad establecida respecto al Universo. Que nosotros deberíamos evitar, quizá, como científicos, establecer por adelantado límites en nuestros descubrimientos de derivaciones causales, no suministra la evidencia de que tales límites faltan en la naturaleza de las cosas. Esta es una cuestión independiente. Y la evidencia es otro camino. Como hemos visto, debe haber límites a la derivación causal. Además, lo que nosotros como científicos debiéramos evitar, podría ser lo mismo que, como filósofos o como seres humanos, debié-

ramos hacer. Ciencia es especialización, abstracción; filosofía y religión existen para restaurar la perspectiva total, tomando en cuenta todos los legítimos intereses del hombre. Nosotros no sólo somos inquisidores que predicen el futuro, sino agentes que deciden el futuro. Y la decisión ha de ser hecha paso a paso. No podemos lograr cada cosa decidida, entonces sentémonos y adivinemos el futuro. Así estaríamos muertos puesto que vivir es decidir, y decidir de nuevo, cada momento. Pensemos en el que predice lo psicológico o lo sociológico, tranquilamente, previendo sus propias acciones, las futuras decisiones del hombre de Estado, la futura composición de los músicos, el poema de los poetas, los futuros descubrimientos de la ciencia del psicólogo o alguna otra ciencia, los chistes que sus amigos harán con él el día siguiente. ¡Cuán absurdos somos a veces en nuestro hablar impreciso acerca de la predicción, como si expresara un principio absoluto! Ningún principio semejante, tomado absolutamente tiene sentido.

Yo postulo, entonces, esta proposición: la vida (la vida sensible al menos) es siempre creativa de novedad imprevista. La predicción es limitada, no sólo por ignorancia, sino por el mismo significado del futuro como una esfera de decisiones sin hacer, asuntos no resueltos aun ni por la totalidad de causas ya operando. La vida es predecible en la justa medida en que no es creativa, sino más bien mecánica, automática, compulsiva, llena de hábito. Mucho de la vida es así no creativo y predecible. La ciencia tiene bastante que hacer si busca rastrear los mecanismos que fundamentan y limitan la creatividad.

Si la creatividad como tal está tal vez fuera de la esfera de la ciencia, más aún, la negación de la creatividad, y con toda seguridad, mucho más fuera de su propia esfera. Si hay algo que no es científico, es la negación de aspectos de la existencia porque no se adecúan a nuestros métodos.

Si la vida es, así, creativa y libre, ¿por qué hay aspectos no creativos que hacen posibles las predicciones científicas y de sentido común? La necesidad para éstas es clara: vivir es verdaderamente decidir, y decidir de nuevo a cada momento; sin embargo, vivir es también preveer, tratar con el futuro, hasta tal punto como si estuviera ya de hecho establecida. ¿Cómo es posible ésto? Nosotros debemos introducir aquí la "participación" de la creatividad. El aspecto más obvio de esto está en la memoria. En la memoria uno toma en cuenta sus propias decisiones previas como relevantes, de la decisión presente. Uno participa y comparte en experiencias pasadas, con sus decisiones creativas. Uno también recuerda percepciones pasadas de cómo otros pensaron y sintieron, y qué decidieron. O uno percibe ahora lo que ellos piensan, sienten y deciden. Uno toma todo esto en cuenta en su propia decisión. Así la libertad de la presente creatividad no es absoluta, o en el vacío. Acepta límites. Pero estos límites están asentados, por lo menos en gran parte, por los actos de libertad, aquellos que son conocidos mediante la memoria o por percepción. La libertad es así agudamente limitada, pero por la misma libertad, como involucrada en otros actos, ya sea de uno mismo o de sus conocidos, amigos o enemigos.

¿Por qué debería tomar uno en cuenta los actos libres del pasado? ¿Por qué no los ignora? Porque, como hemos visto, el mismo significado de libertad está en la transición desde lo múltiple experimentado a una experiencia de lo múltiple. Lo múltiple es el previo acto de libertad. Experimentamos en una síntesis libre y única las varias experiencias ya actualizadas, las cuales recordamos, o percibimos en otros. No podemos simplemente experimentar nuestra libre experiencia presente de nuestra libre experiencia presente —¿de qué? Debe haber algún contenido. En la memoria y en la experiencia social, (algunos filósofos creen) en toda experiencia, encontramos este contenido suministrado por otras experiencias, cada una con su propia libertad, perteneciendo a otro tiempo o a otros individuos.

La participación de la creatividad es el carácter social de la experiencia, su aspecto de simpatía, participación, identificación con otros. Además, igualar su pro-

pio pasado a sí mismo es, estrictamente hablando, "otro"— como centenares de miles de budistas han estado tratando de decirle al mundo desde hace miles de años. Sostengo, que en esto ellos han sido sencillamente exactos. Uno puede mirar su propio pasado con amor, pero también con antipatía, como uno puede mirar la "mismidad" de otras personas. Mera identidad o mera no-identidad no pueden ser la cuenta correcta de esta materia. Nuestras filosofías occidentales han sido, con raras excepciones, excesivamente individualistas.

Puede parecer que el contenido entero del acto creativo no puede venir de otros casos de creatividad. ¿Qué hay del material sensorial venido a nuestras experiencias del cuerpo? ¿Está también compuesto de actos de decisión libre? Yo creo que lo es. Concedido también que nuestros órganos sensoriales no son literalmente, tales agentes. Sin embargo, los átomos, y más aún, las células nerviosas, parecen exhibir signos de actividad espontánea no encontrados en rocas enteras o en el ojo. Además, puesto que la creatividad es real, al menos en la experiencia, encaramos un último dualismo, siempre objetable en principio, a menos que podamos suponer que todo el contenido de la experiencia creativa viene de otras experiencias creativas. Para afirmar esto, no necesitamos decir que cada objeto que a nuestros sentidos parece ser una entidad sencilla, sin partes distinguibles claramente, es un agente creativo, con una cualidad de sensación interna unitaria en cada momento. Necesitamos solamente decir que *tal* objeto es tal agente o consta enteramente de partes que lo son. Para refutar la filosofía de la creatividad, universal, en este punto, debo probar que células, moléculas, átomos, carecen totalmente de sensibilidad y libertad. ¿Pero qué argumento que resista el análisis demuestra que esta conclusión negativa sea por lo menos probable?

Muy pocos científicos han expresado de buena fe tal argumento. Son filósofos cuya familiaridad con células y moléculas es a menudo no muy grande, los que en su mayoría aceptan estas negaciones. Al menos ésta ha sido mi experiencia. Muchos científicos sostienen la posición contraria; no pueden poner límites a la difusión de la espontaneidad o de la sensibilidad en la naturaleza. Que hay leyes con verdadero grado de exactitud puede ser conciliado con esto mediante consideraciones estadísticas —como es generalmente admitido. Esto nos da una nueva posibilidad especulativa tremenda, una gran alternativa al mundo-máquina newtoniano, y el dualismo del pensamiento libre y la materia ciegamente obediente. Para explotar esta nueva posibilidad debemos vencer el prejuicio de que la mente, o las experiencias son inextensas. James, Peirce, Whitehead, y muchos otros (y realmente la física moderna, con su visión del espacio como un modelo de herencia causal entre los acontecimientos, los cuales pueden perfectamente ser experiencias) han demostrado que la negación de la extensión de la experiencia es infundada. Con el abandono de la definición de lo físico como extenso y con la admisión de la creatividad universal, el dualismo pierde su apariencia de necesidad. Y seguramente sólo la necesidad inducirá siempre a la ciencia o a la filosofía con sus impulsos hacia la unificación conceptual a aceptar cualquier dualismo último.

Si esto es así, entonces la única alternativa para el monismo físico es un materialismo cuyo dualismo implícito nunca puede ser disimulado permanentemente. Experiencias son hechos; la única pregunta es, ¿qué más (en un nivel concreto igual) son hechos? Si no podemos decir nada más, entonces, y solamente entonces, el dualismo está vencido.

Nosotros hemos dicho que la limitación de la libertad por los actos libres pasados es la que hace, en cierta medida, posible la predicción. La completa explicación de esto requeriría que consideráramos no solamente tipos de libertad subhumanos, sino también, la libertad absoluta, la divina elección de ciertos patrones de orden o leyes para este mundo, siendo tomada en cuenta esta divina elección —no conscientemente como una regla, pero, no obstante, efectivamente por toda otra forma de

libertad. Desde un punto de vista no dualista, la libertad está limitada sólo por actos de libertad ya ejecutados; pero los actos divinos deben ser incluidos, para tomarlos en cuenta en el orden cósmico. Esto nos lleva al problema teológico de la creación, el cual fue mencionado al comienzo de este ensayo. Consideremos el punto de vista tradicional de este problema. Se dijo que Dios creó un mundo, algo enteramente distinto de sí mismo. El mundo era criatura, Dios creador; el uno completamente no-creativo, el otro totalmente increado. Esta doctrina es neta y definitiva, pero hay razones para pensar que la verdad debe ser menos simple.

Primero, el acto de creación era pensado como voluntario: una decisión que el Creador pudo haberse vedado. Supongamos que se hubiera retenido: el mundo no hubiera existido; sin embargo, algo más no hubiera existido tampoco, la decisión misma. Hubiera estado en su lugar la decisión de no crear un mundo tal como el nuestro. Esto nos muestra que un agente libre *debe* crear algo en sí mismo, aun cuando él decida no crear; la decisión es en sí misma una creación. El mundo resultó, se nos dice, de un libre "fiat". ¡Hágase un mundo! Pero este "fiat", como el mundo, necesita no haber sido. Como el mundo, entonces existe contingentemente, es traído al ser por el Creador, dentro de sí mismo. En resumen, libertad es auto-creación, más que cualquier otra cosa. El albedrío, el cual libremente determina a otro, o libremente impide hacerlo así, en todo caso se determina a sí mismo. Pero esto significa que es una falsedad que el creador no es, en ningún aspecto o sentido, creado; más bien él es, en importante aspecto, una criatura, un producto —al menos de su propio hacer.

En segundo lugar, permítasenos considerar el criterio de que la criatura es "meramente" criatura y de ninguna manera creador. Tomemos un hombre: nosotros decimos que es hecho; él no se hace él mismo. Sin embargo decimos en castellano que una persona "hace" una resolución o decisión, y dado que un adulto es en grado sustancial compuesto de la suma de sus decisiones pasadas, si él ha tomado éstas, ¿está exento de hacerse a sí mismo? Y si es negado que un hombre ha asumido sus decisiones, ¿por qué las llamamos de él? ¿Son decisiones de Dios y no del hombre? ¿O son ambas cosas? ¿Puede exactamente la misma decisión ser de dos agentes? Esta dificultad es puerilmente simple; pero estoy persuadido de que es genuina. No encuentro clarificación en las discusiones clásicas del problema, tales como las de Santo Tomás de Aquino. Por supuesto, se puede sostener que estos divinos misterios son demasiado elevados para nosotros. Sin embargo, como Berdyaev lo sugiere sagazmente, el misterio parece plenamente hecho por el hombre enteramente. Son seres humanos los que inventaron la nítida frasecita "Creador y creado". Aun tomando la Biblia como no simplemente humana, sino la palabra literal de Dios, debiéramos todavía notar que la doctrina que estamos atacando no es, en su simplicidad y rigidez, para ser hallada en la Biblia. Más bien es una versión estilizada del pensamiento bíblico, una versión inventada por la Teología. La invención no tiene que ser tomada como sagrada o divina, cualquiera que sea el pensamiento de la Biblia. La estilización puede haber obtenido alguna verdad e introducido algún error.

Se podría decir tal vez que puesto que Dios hizo mi carácter original y el medio en que vivo, él por lo mismo determinó cuáles serían mis decisiones. Pero la palabra carácter es simplemente un membrete para la difusa cualidad de las acciones de una persona, y explicar las acciones por el carácter es un juego de palabras. Usted puede ciertamente sustituir genes heredados, por la palabra carácter. Sin embargo, si las acciones proceden estrictamente de los genes y de la situación cósmica o de un decreto divino anterior al tiempo, ¿en qué sentido es un hombre libre absolutamente? —Y si no es libre, ¿cómo sabe lo que quiere decir cuando atribuye la libertad a Dios?— Porque obsérvese que cuando se dice que Dios es libre para crear o no crear este mundo, es por eso negado que en su caso las acciones proceden necesariamente del carácter, o de ninguna causa. Por eso, el determinismo teológico atribuye

a la deidad la suprema o perfecta forma de libertad causal indeterminada; pero al hombre la total ausencia de libertad en este sentido. Así, la diferencia estaba en no estar entre el infinito y el finito, sino entre el infinito y cero. ¿Cómo, pregunto, partiendo de cero hay un camino al concepto del infinito? Se debe comenzar de algo, no de nada, para alcanzar la idea de lo ilimitado, o lo máximo.

El punto de vista lógico de la posición teológica es más bien que Dios, siendo al mismo tiempo creador de sí mismo y de otros, produce criaturas, las cuales de la misma manera, aunque radicalmente en caminos inferiores, son autodeterminantes y productoras de cosas exteriores a ellas. En esta forma, el modo de ver teológico, con sus inconsistencias removidas, se convierte en una filosofía de la creatividad universal.

Debemos, sin embargo, no detenernos en Dios y el hombre, como auto-creadores, y creadores; debemos ir adelante y concebir los animales inferiores, y aun los átomos, como en escaso o trivial grado de auto-determinación y de creatividad de otros. Porque si la suprema creatividad es la naturaleza divina, y una creatividad inferior es la naturaleza del hombre, entonces los animales inferiores deben estar en más bajos niveles de creatividad. El efecto debe en cierto modo expresar la naturaleza de su causa. ¿Cómo puede el ser infinitamente creador producir un ser absolutamente no creador? ¿Sería eso en algo diferente a no producir nada del todo? —Aquello que está absolutamente desprovisto de lo que Dios posee infinitamente, ¿qué puede ser sino el cero de la existencia verdadera?

La tercera dificultad que el supuesto contraste absoluto entre el Dios Creador y el Mundo Creado establece, es la siguiente: Un agente libre se determina no solamente a sí mismo, en cierto aspecto, sino que también determina a los que lo conocen. Si tomo la decisión de ejecutar tal o cual acto, y usted está enterado de mi decisión, entonces, aun aparte del acto, yo habré en efecto decidido que usted tiene que ser un conocedor de mi decisión. Si no la hubiera hecho, usted ciertamente no podría haberme conocido como autor de ella; y si usted es suficientemente agudo observador mío, habré establecido, haciendo la decisión, al menos la probabilidad de que usted adquiriera conocimiento de ella.

Esta consideración se aplica a nuestra relación con Dios; por cierto que se aplica más estricta y absolutamente que a ninguna otra cosa. Porque no importa cuán bien o cuán cerca usted me haya observado; usted puede de alguna manera fallar en notar mi decisión. Pero Dios no puede fallar en conocer que decido tal o cual cosa, concedido que yo lo decido así. Esta inhabilidad para no conocer una cosa si hay tal cosa, es su infalibilidad. De acuerdo con ello, todo lo que tenemos que hacer para determinar algo en Dios es determinar ese algo en nosotros mismos, como conocido por Dios, y si no podemos hacer esto, no tenemos ninguna libertad. O determinamos el divino conocimiento en algún grado o no determinamos nada en absoluto. Jules Lequier hace cien años, lo argumentó muy cuidadosamente y no ha sido refutado. Ha sido, sin embargo, ampliamente ignorado.

Nuestra discusión, hasta donde la hemos llevado, muestra lo siguiente: el creador es también auto-creado; la criatura es también creadora de algo, en sí misma y en otras que la conocen; por consiguiente, de algo en Dios. La seductora simplicidad del desnudo contraste, creador-creado, ha revelado su radical insuficiencia. Y ¿cómo se podría esperar que cualquier conjunto de palabras, fácil y pequeño, cubriera estas sublimes materias sin dejar nada esencial? Todavía más, si decimos que el Agente Creador Supremo es también en parte algo creado, tanto por sí mismo como por otros, y que los agentes creados son también creadores de sí mismos, de otros y del Agente Supremo, algunos teólogos, quienes tal vez han caído en el hábito de adorar los inventos retóricos e intelectuales de sus propias tradiciones, sentirán que estamos blasfemando.

Pero tal vez tendríamos culto a Dios, más bien que al "creador", "causa primera" u otros conceptos filosóficos. Dios no es idéntico con ninguna categoría, ni aún con la pura ausencia de categoría. No es la pura ausencia de finitud, de dependencia, de la condición de lo creado, no ya simplemente finito, dependiente, o creado. Su realidad sobrepasa estas designaciones, positiva o negativa, y un simple juego de palabras, como "creador y criatura" no pueden llegar a expresar lo que es adoración. Dios es en el sentido supremo, creador; es también, en el supremo sentido, creado; a pesar de que en verdad, a causa de tener un aspecto increado. Es la "supremacía" de sus aspectos creador y creado, lo que justifica el culto o adoración, no la simple presencia o ausencia de creatividad.

En una filosofía de la creatividad universal, de acuerdo con la cual *ser es crear y participar en la creatividad de otros*, muchos problemas reciben nueva luz.

Por ejemplo, el problema del mal, en su forma normal, se revela como un pseudo-problema. El perfecto poder de la deidad, en esta filosofía, no es concebido como la capacidad para que las criaturas tomen sus decisiones. Es concebido como el poder infinito de *inspirar libertad* en los otros, y solamente fijar tales límites a la libertad en cuanto sean necesarios para dar oportunidades a un bien tan grande que los riesgos del mal que toda libertad trae consigo no son precio de los bienes. Dios no escoge, ni puede escoger, ni los bienes particulares, ni los males particulares, porque nosotros y las demás criaturas participamos en la determinación de éstos; pero El puede escoger en orden sistemático, en el cual habrá ciertos riesgos y ciertas oportunidades; y en el cual las oportunidades justifican los riesgos. ¿Y por qué se puede persistir sin ningún riesgo? La respuesta no está lejos: la existencia como tal, es creatividad, creatividad social y compartida; más aún, es una lógica imposibilidad que muchos agentes contribuyan los unos a las decisiones de los otros sin riesgos de conflicto, tanto como ocasiones de armonía. Un agente singular puede siempre decidir en armonía con sus decisiones anteriores, pero muchos agentes deben siempre conjeturar cómo los otros agentes pueden decidir; ellos no pueden saberlo exactamente, por adelantado. Ni Dios mismo puede hacerlo. La definición *omnisciencia* trasladada al lenguaje de la universal creatividad puede darse así: "Dios sabe todos los hechos fijados como fijos, pero también sabe todos los hechos no ejecutados como no ejecutados" (Esta definición, aunque data de centurias, ha sido poco discutida).

Se puede preguntar si el punto de vista anterior asume que estos conceptos pueden aplicarse "unívocamente" o literalmente a Dios, dado que pueden bien ser tomados como "analógicos" o "simbólicos"? Sostengo que éste no es el caso. Lo que hemos dicho no requiere que no haya diferencias en principio entre creación divina, o ser creado y creación corriente, o ser creado. Requiere más bien que no debiéramos rendir culto a la "Causa Suprema" (sea literal o simbólicamente), como equivalente a Dios y luego rehusar admitir que el "Supremo efecto" merece también culto. Debemos evitar la *etiología*, inclinándonos reverentes ante la categoría de causa.

Por supuesto que el Supremo Efecto, si es digno de adorarse, no es más sencillo y más grande que el efecto mayor. La filosofía de la creatividad, puede muy bien tener su propia doctrina de la analogía. Pero uno no debe establecer la "diferencia en principio" entre decisión divina y decisión corriente, por aquello de que la decisión de Dios trasciende en necesidad causal, y la del hombre no lo hace, en ningún grado. Algún grado de tal trascendencia es, como hemos visto, inherente en el mínimo y corriente sentido de "efecto" o "decisión", en el grado en que constituye una experiencia. Tampoco puede ser la diferencia que la decisión divina sea simple causa, y de ninguna manera efecto. Porque es experiencia creadora la que causa o decide, y una experiencia es eo ipso un efecto de sus inferencias.

Volvamos de las materias teológicas a las cosas humanas. Nosotros compartimos la libertad creadora unos con otros. El contenido de la experiencia presente viene de otras experiencias, las propias de uno mismo desde el nacimiento o más temprano,

y aquellas de otras personas, sin contar los animales con los cuales uno ha experimentado, incluyendo nuestras propias células (las cuales son animalitos) y criaturas todavía más alejadas aún de nuestra propia naturaleza. ¿De qué podría valer la creatividad de algún hombre si su padre y su madre no hubieran contribuido con sus propias y únicas experiencias, si los miles de escritores, compositores, actores, algo de cuya experiencia emocional o intelectual se ha infiltrado en su experiencia, no hubieran logrado sus obras originales o si él no hubiera tenido decenas de miles de conversaciones con personas, cada una de las cuales, en cualquier estado, tenía algo, jamás sentido antes por él, que comunicarle?

Más aún, ¿qué interés tendríamos en vivir si no pudiéramos comunicar el sabor de nuestro pensamiento o sentimiento a otros que conversan con nosotros, o en nuestro pensamiento o sentimiento a otros que conversan con nosotros, o en nuestros escritos u oyen nuestras conferencias?

Se puede decir que la vida está enteramente constituida por la participación, la libre contribución y el ser contribuido. Sin embargo, en último análisis, ¿no es contribuyendo más bien que recibiendo la contribución, como finalmente se constituye el sentido de la vida humana? En definitiva, ¿no son los otros los que recogen la cosecha que nosotros sembramos, y no nosotros mismos?

Las obras originales que producimos, ¿no son finalmente para que otros las gocen? Las teorías sobre la inmortalidad han sido falsamente interpretadas, si han sido hechas para oscurecer este hecho. Y con o sin la inmortalidad, parece ilógico, por una parte, dar como un hecho, como lo hacemos todos, que las células de nuestro cuerpo existen para nuestro bien y no para el de ellas, y aun por otro lado suponer que cada uno de nosotros existe finalmente para su propio bien, y no para el bien del conjunto que lo incluye, como él incluye las células de su propio cuerpo. ¿Es la unidad del cosmos inferior a la de una de sus partes, el organismo humano particular? Es mucho más fácil desintegrar la unidad humana. El cosmos es, al menos, un sistema más fuerte, que se mantiene a sí mismo. ¿No debe la realidad en su totalidad existir para su propio bien? Nuestro valor final puede ser concebido mejor como la contribución de nuestras experiencias al último fin o experiencias divinas, en las cuales todo lo que ocurre es agregado de nuevo en cada momento.

Tal es la filosofía de la creatividad como esencialmente social o participada. Debo confesar que siento que las filosofías rivales palidecen en su comparación.

Traducción de Sira Jaén.

Charles Hartshorne es uno de los más prestigiados pensadores de lengua inglesa. Estudió en el Haverford College y en la Universidad de Harvard; en ésta se doctoró en Filosofía en 1923. Ha sido Profesor de las Universidades de Harvard y Chicago y desde 1955 lo es de la Emory University. Profesor Visitante de las de Stanford, Frankfurt, Melbourne, Washington y Kyoto, Presidente de la División Oeste de la American Philosophical Association, y Vice-Presidente de la División Este. En colaboración con Paul Weiss, editó *The Collected Papers of Charles S. Peirce* y es autor, entre otras obras, de *The Philosophy and Psychology of Sensation*, *The Division Relativity*, *Philosophers Speak of God*, y de pronta aparición su *Logic of Perfection*.